

LA REPUBLICA FEDERAL DE ALEMANIA, ENCRUCIJADA POLITICA DE EUROPA

Es completamente posible que se hubiese pensado que con las elecciones del pasado septiembre empezasen a quedar definitivamente atrás los años de incertidumbre sobre el futuro—el presente también—de la República Federal de Alemania. En la posición del centro teórico de una corriente europeísta que va desde “el Atlántico a los Urales”, que es occidentalista por un extremo y comunista por el otro, no puede menos que interesar—y preocupar—el papel de una nación que es, en cierto modo, la expresión más acabada de ese ambiente cargado de contradicciones y de confusión en que dos grandes guerras han dejado al mundo y de manera muy especial a Europa, de lo que es a manera de una *no nación*, porque a la vez que casi parece no serlo, tiene existencia, sin fuerza, pero con vitalidad; sin influencia, pero con grandes aspiraciones.

Dividida con “territorios perdidos” y sin el tratado de paz que estableciese y sancionase, por lo menos, las condiciones en que había salido de la segunda guerra mundial, ¿qué es, en realidad, la República Federal de Alemania?

La cuestión, que de pronto parece tener un sentido y un peso realmente abrumadores, no hubiera significado gran cosa de haber sido hecha en el pasado. Incluso en un pasado reciente. Podría casi decirse que carecía del todo de interés. Para los alemanes y para los que no lo son. Desde fuera, esa Alemania apenas podía ser otra cosa que un país derrotado empeñado en la tarea de la recuperación de su propio ser, de una personalidad que se había perdido. Y desde dentro, ¿podía quedar tiempo para otra cosa que la reconstrucción y rehabilitación de lo que la guerra había demolido, destruído y destrozado?

Una vez que esto se ha conseguido, ha bastado dar la vuelta y contemplar

la obra lograda para experimentar una sensación de absoluta, insoportable incomodidad. Era realmente grande, extraordinaria, la tarea que se había llevado a cabo. Lo decían con una claridad impresionante hechos como la posición que la República Federal de Alemania había alcanzado en el mundo de las relaciones comerciales, la segunda potencia ya por el volumen de sus compras y sus ventas de fronteras afuera, colocada de una manera inconfundible por delante de la Gran Bretaña; o como el alto índice de ocupación y general bienestar que iba implícito en la existencia, el verano pasado, de sólo 89.000 parados en un censo laboral con más de 27 millones de hombres, casi la mitad de una población total de unos 55 millones de habitantes. Esto, nada prácticamente, adquiriría una significación especial cuando se advertía que había al mismo tiempo 729.000 puestos de trabajo vacantes en fábricas y talleres, y con muy pocas, casi ninguna, perspectivas de que se pudiesen cubrir satisfactoriamente. Porque si bien era verdad que la falta de mano de obra es una característica llamativa de la Alemania federal desde hace años ya, se había mitigado en gran parte con la inmigración, hasta alcanzar el punto de que en aquellos mismos momentos había 1.160.000 trabajadores extranjeros en el país: italianos, españoles, griegos, turcos y hasta norteafricanos—en las estadísticas de esta clase no se tiene en cuenta la enorme aportación salida de más de 13 millones de alemanes, refugiados voluntarios o forzosos, procedentes de los “territorios perdidos” y de la parte oriental del país dividido que se ha convertido en lo que oficialmente lleva el nombre de República Democrática Alemana, a pesar de la contrariedad y el profundo disgusto que el nombre mismo produce en la mayor y más importante, con mucho, parte occidental de lo que anteriormente había sido una sola nación—también era verdad que de todos esos puestos de trabajo vacantes, sólo 46.000 figuraban como de ocupación posible por esos trabajadores de importación, o inmigrantes, a los que se prefiere llamar por allí “trabajadores invitados”.

En la Alemania Occidental, una de las cosas que más están de manifiesto es la susceptibilidad. Y de la misma manera que no se desea dar cara a la realidad de la situación en que se vive, a la realidad política más que nada, se busca eludir con mucho cuidado todo lo que pudiera ser causa de incomodidad para los demás. Así, un obrero extranjero no es ni un inmigrante ni un producto de importación. Es, sencillamente, un “obrero invitado”.

Con tanto puesto de trabajo vacante y con tantas dificultades aparentes para cubrirlo, es natural que existan presiones fuertes con tendencia a soste-

ner y aumentar un jornal que ha subido con mayor rapidez en la Alemania Occidental de estos últimos años que en cualquier otro país industrializado del mundo. Por lo menos, medido en el poder adquisitivo del dinero.

Quizá esto mismo, el estado casi de saturación a que se ha llegado desde el punto de vista de la mano de obra disponible—ha sido un grave contratiempo la construcción del “muro de la vergüenza” en Berlín, con lo que se cortó casi del todo una corriente humana que se movía desde la parte oriental hacia la occidental y que servía, desde el punto de vista económico, para mitigar considerablemente esa creciente falta de trabajadores—sea la causa principal de lo que los especialistas califican como una tendencia hacia la estabilización en el pasado ritmo de crecimiento del valor de la renta nacional bruta. Aunque la situación en un año o en dos apenas justificaría el asentar sobre ella una regla general sobre el ritmo de crecimiento de la vida económica de la Alemania Occidental, se da importancia, sin embargo, en esos medios especializados, a un avance considerablemente más lento en el último año que en cualquier otro tiempo a lo largo de toda la década anterior. La media anual de aumento en el valor de la producción nacional ha sido de un 6,3 por 100, hasta alcanzar un total de 412.500 millones de marcos, una cifra impresionante incluso en el caso de no pasar mucho, casi nada, de la sexta parte del valor de la producción total de los Estados Unidos. En el último año de esta década—el período de tiempo entre 1954 a 1964—ese aumento había sido bastante mayor de un 9,6 por 100. Pero en este de ahora, 1965, no se creía posible que, a juzgar por lo alcanzado en los primeros nueve meses y las perspectivas inmediatas, pudiese pasar de un 4 a un 5 por 100, algo relativamente modesto, por lo menos en comparación con lo que había sucedido durante unos años en los cuales la República Federal de Alemania consiguió situarse en tercer lugar entre las potencias industriales del mundo.

Durante años, todos los que han pasado desde la terminación de la segunda guerra mundial, y muy especialmente desde que a fines mismo de los años 40 empezó de nuevo a dar la Alemania Occidental algún indicio de vida política en estado de balbuciente renacimiento, podía decirse que el alemán medio tenía bastante en qué pensar con el esfuerzo que era indispensable para volver, nada más que volver, a dar a su existencia una cierta sensación de normalidad. Pero ahora que esto ha sido logrado, con mucha y sorprendente rapidez y en condiciones a menudo asombrosas, ¿no es inevitable el

prestar alguna atención, exhibir algún interés por lo que es, en definitiva, la expresión más acabada de una vida nacional independiente, la actividad política?

¿Y en qué situación se encuentra la República Federal de Alemania, ahora que se generaliza—esa impresión se tiene, por lo menos—la preocupación o el interés por las cuestiones políticas?

A lo largo de la última campaña electoral ha sido mucho lo que se ha hablado de la situación en que se encuentra la Alemania Occidental, un gigante económico que es casi, según la definición de Willy Brandt, jefe del Partido Social Demócrata y aspirante a Canciller, en sustitución del profesor Ludwig Erhard, un enano político. Esa misma idea se le ocurrió, por lo menos al mismo tiempo, a Franz Josef Strauss, jefe de la Unión Social Cristiana, que es como se llama la sección bávara del Partido Demócrata Cristiano, todavía presidido por el ex canciller Konrad Adenauer. En su libro *The Grand Design*—"El gran diseño", título que no tiene ninguna originalidad, pues estuvo muy de moda en los días de John Fitzgerald Kennedy en la presidencia de los Estados Unidos—, habla de ellos con perfecta claridad. "No podemos a la larga tener una Alemania que es un gigante económico y un enano político." (No ha dejado de llamar la atención el hecho de que este libro apareciese por vez primera en los días mismos de la campaña electoral que culminó en las elecciones de 19 del pasado septiembre, en Inglaterra y en inglés, y que el único contacto directo que han podido tener hasta ahora los alemanes de su contenido, en su propia lengua, ha sido a través de extractos aparecidos en alguna publicación, como si se quisiese alimentar la sospecha de que no se tenía el menor interés especial, al menor por ahora, en que este libro, con un contenido altamente polémico, fuese publicado en la propia Alemania Occidental, en cualquier caso en los días en que estaba en su apogeo la campaña electoral.)

Es lo mismo, en definitiva, que movió a un diplomático italiano a resumir, según la versión recogida por "L'Express", de París: "Felizmente para nosotros, la República Federal no ha descubierto aún el patriotismo. Por el momento, las dos Alemanias se contemplan sin comprenderse. La Alemania del Este es un Estado en busca de una economía; la Alemania del Oeste, una economía en busca de un Estado. El día en que las dos se encuentren, será el IV Reich o la guerra."

Y, a continuación: "La reunificación de Alemania es, a la larga, inevi-

table. Con o sin la Doctrina de Hallstein, todos los partidos políticos de Bonn han tomado ya contactos con el Berlín Este.”

* * *

Eso, la Doctrina de Hallstein, la reunificación y otras cosas más, resumidas y condensadas en lo que casi se parece a una obsesión: el establecimiento de alguna forma de contacto, por lo menos, con el armamento atómico, eso que se ha querido tomar como símbolo y emblema de poder—de independencia también—en estos tiempos, llegó a tener una significación de tal importancia en los días de la campaña electoral reciente y de las posteriores negociaciones laboriosas para la formación de un nuevo ministerio, que casi se pudo producir la impresión de que tanto dentro como fuera de la República Federal de Alemania se tenía el convencimiento, la conciencia, de la existencia de una nación cuyo estado de descontento podía estar acercándola al borde de la desesperación.

Era una situación extraña y curiosamente llamativa. Pocas veces, acaso ninguna, en tiempos recientes por lo menos, se había podido producir, en un ambiente de paz, una impresión semejante de unidad de criterio, de coincidencia en la manera de diagnosticar lo que se podía considerar como el estado de ánimo nacional. La única diferencia que se podía advertir en la manera que cada uno de los tres grandes partidos—el demócrata cristiano (C. D. U. y su asociado la C. S. U.), el Social Demócrata (S. P. D.) y el Liberal Demócrata (F. P. D.)—era de intensidad en la defensa de ciertos principios y actitudes. Se daba la sensación, en vista de su reciente entusiasmo, de que era mucho el tiempo transcurrido desde que la socialdemocracia había dejado de estar en la oposición ante cosas como la Comunidad Económica Europea y la Organización del Tratado del Atlántico Norte. La nota dominante de su campaña electoral ha sido, precisamente, el empeño puesto en presentarse y presentar a sus afiliados como unos “europeos” mucho más resueltos y decididos que los demócratas cristianos, en cuyo ambiente se creía —y se decía—que habían surgido contradicciones y vacilaciones y quizá hasta debilidades.

Y la actitud de los demócratas libres—liberales—del doctor Erich Mende, ¿qué podía ser sino más europeísta y, en definitiva, más internacionalista también, como consecuencia directa de una política que necesitaba de “pasos pequeños y medianos” para la aproximación a la Europa oriental, la Europa de régimen comunista, con lo que se habrían de conseguir dos cosas al mis-

mo tiempo: una normalización, al fin, de las relaciones que hiciese posible el fortalecimiento de los lazos ya existentes y, sobre todo, la creación de otros nuevos con miras al desarrollo de amplias y provechosas relaciones económicas y culturales, y, por consiguiente, la creación de un clima que hiciese posible, a su hora, iniciar el diálogo sobre la reunificación.

Todos estaban de acuerdo en lo fundamental. Las únicas diferencias de alguna consideración eran de grado. Pero eso era, precisamente, lo que acentuaba la sensación de incomodidad, de malestar que estaba en evidencia dentro y fuera de la República Federal de Alemania. Y por ahí era por donde, circunstancia significativa, apuntaban las diferencias que empezaban a dar animación a un ambiente en el cual se podía descubrir ya un sentimiento—una reacción tal vez—nacionalista que podía ser incipiente todavía, pero que prometía, sin embargo, alcanzar un desarrollo vigoroso. Aunque sólo fuese como la respuesta inevitable al estado de desaliento, de avasalladora desilusión, que producía el hecho, real o imaginario, pero tema ya de animada discusión y hasta agitación, de verse bloqueada o desviada la atención alemana de dos grandes objetivos: la creación de una Europa federal unida, que era por lo que la C. E. E. tenía un auténtico interés para la Alemania Occidental, y de una alianza atlántica integrada, de lo cual sería manifestación importante—decisiva más bien—la creación de la propuesta fuerza multilateral, esa M. L. F. dotada de armamento atómico y de la cual sería la *Bunderwehr*, el nuevo Ejército de la Alemania Occidental, una porción perfecta y totalmente integrada en el todo, con una participación directa y constante en todas las actividades, como había de corresponder, naturalmente, al más importante de los miembros de la Alianza desde el punto de vista de su aportación militar al Mando Supremo establecido en Europa.

Por razones cuya simple enumeración haría necesario un espacio mucho mayor del que se dispone en estos momentos, lo que se consideraba como un desarrollo relativamente satisfactorio de ese doble proceso de federación e integración, con la incorporación de la Alemania Occidental en la O. T. A. N. y la creación de la C. E. E., empezó a encontrar serios obstáculos apenas se produjo un cambio importante, el único en realidad, hasta entonces, en la vida política de la República Federal de Alemania: la llegada del profesor Erhard a la Cancillería, como sucesor del doctor Adenauer, *Der Alte*, como se le solía llamar, en actitud que a veces parecía ser un poco peyorativa, aun después de tener en cuenta sus ochenta y siete años de entonces, ya casi noventa. ¿No era para pensar en lo que había sucedido, casi dos lustros antes,

cuanto toda la estructura, cuidadosamente preparada y levantada de la C. D. E.—Comunidad Defensiva Europea—se vino aparatosamente abajo por decisión única y exclusiva de Francia, puesto que el acuerdo negociado y firmado había sido ya ratificado por los Parlamentos de todos los países llamados a formarla menos uno?

Toda la historia de lo que había venido sucediendo dentro de la O. T. A. N. desde el momento en que De Gaulle llegó de nuevo al Elíseo, para fundar la V República, y al fin dentro de la C. E. E., ¿no se comprendería mejor si se pensase en la historia de aquella naufragada C. D. E. cuando estaba a punto de nacer?

* * *

Parece evidente ya que las razones verdaderas de mucho—de todo lo fundamental—que ha sucedido por este lado, el de la C. E. E. y la O. T. A. N., motivo ya de tanta y tan grave contrariedad para la Alemania Occidental, responde a motivaciones esencialmente políticas. Será verdad o no eso que se ha dicho sobre la insinuación del general De Gaulle a la representación británica de que la única posibilidad que tenía de aproximarse a la C. E. E. estaba en romper de una manera total con las “relaciones especiales” de la Gran Bretaña con los Estados Unidos. La idea de una “Europa independiente”, del Atlántico a los Urales, es incompatible, por supuesto, con la presencia de fuerzas e influencias que insisten en mantener relaciones especiales con los Estados Unidos, la potencia que alcanzó posiciones hegemónicas por el lado no comunista del mundo de la postguerra. Y esto, que debería de haberse comprendido bien y a tiempo, alcanzó las dimensiones de una gran crisis en los momentos en que el presidente de la V República empezó a traducir a hechos concretos su decisión de trabajar por una “Europa unida” no sólo frente a los Estados Unidos, sino contra los Estados Unidos, en caso de que esto fuese necesario.

¿Por qué? Si el profesor Erhard hubiese sido un político, como lo era el doctor Adenauer, es seguro que se hubiera dado cuenta de ello con tiempo sobrado para evitar, o soslayar por lo menos, situaciones comprometidas o engorrosas. De Gaulle parece estar convencido, desde la primer entrevista que tuvo con el sucesor de Adenauer, de lo que en alguna ocasión pudo haberle confiado *Der Alte* en el curso de más de una de las conversaciones íntimas que han tenido: “Erhard no es un político, y además es un perezoso.”

Y si hay en esto algo capaz de parecer altamente discutible, no por eso habrá motivos serios para dudar de la acusación que a menudo se ha diri-

gido contra Erhard, de carecer del necesario sentido político. El gran triunfo que ha tenido con su *marktwirtschaft*, una economía del mercado que parecía algo absurdo en los días en que se la empezó a aplicar en aquella República Federal de Alemania que acababa de formarse, ha sido uno de los hechos más llamativos del mundo de la postguerra y lo suficiente, sin duda, para darle popularidad y prestigio, más de lo que pudiera ser suficiente para considerarle como el mayor *vote getter* de su país.

Alguna influencia excepcional hizo posible la marcha ascendente, elección tras elección, de la democracia cristiana después de haber empezado la carrera en un punto tan cerca de la socialdemocracia—un 31 por 100 en relación con algo más del 29 por 100 de la participación electoral—en las primeras elecciones de la República Federal de Alemania, las de 1949. Hasta alcanzar una mayoría absoluta, de un 50 por 100 largo de la votación total, en las celebradas en 1957, acontecimiento extraordinario en un país con una tendencia y una tradición poco menos que irresistibles a la fragmentación política. Y si en las elecciones siguientes se produjo una caída sensible, de casi un 5 por 100 de la votación popular, ¿no se podría sostener que eso se debió exclusivamente a la resistencia del canciller Adenauer a dejar paso al hombre que todo el mundo, dentro y fuera del país, consideraba como su heredero legítimo y, además, inevitable y cuya hora se creía que había sonado ya, a juzgar por al edad tan avanzada del venerable estadista?

En los cuatro años siguientes, a mitad de los cuales se produjo, al fin, el esperado cambio en el palacio de Schaumburg, volvió a dejarse sentir un proceso de recuperación, aunque fué necesario esperar a las elecciones del pasado septiembre para que muchos se diesen cuenta de lo que era y significaba. Y si al mismo tiempo seguía también adelante el aumento, en algunos casos más importante todavía que el de la democracia cristiana, de la socialdemocracia, eso podría ser achacado a una multitud de razones, entre las cuales no se podría incluir la decrecida popularidad del profesor Erhard. Se podría ir más allá todavía, para acabar en la conclusión de que el profesor Erhard, el *gummilöwe*, león de goma, como se ha dado en llamarle, no siempre en el sentido admirativo que suele producir el espectáculo de quien encaja golpe tras golpe sin crear la impresión de dejar la menor huella en un espíritu optimista y esperanzador por naturaleza, había sido el gran artífice de esa última victoria, tanto más notable por haberse acentuado grandemente la impresión de que el máximo a que podría llegar la democracia cristiana en esa ocasión era a quedar situada a la misma altura, aproximada-

mente, que la democracia social. Pero el 5 por 100 de ventaja que Erhard siempre creyó que sacaría a sus grandes rivales, los socialistas, estuvo cerca de llegar al 8 por 100, lo que para estas cosas y en un ambiente como aquel a que se había llegado en la Alemania Occidental, bien valía la pena de ser tenido por una hazaña memorable. Sobre todo, conviene insistir en ello, cuando después del leve tropiezo sufrido por la democracia social en las elecciones de 1953, también por ese lado se produjo un llamativo proceso de recuperación, una marcha constante hacia posiciones que aspiraban a ser mayoritarias.

Pero, y esto sí que es curioso y muy significativo, la posición del profesor Erhard, el gran victorioso en las elecciones pasadas, ha dejado la impresión de que se encuentra ocupando posiciones de mucha mayor debilidad al frente de este su segundo Gobierno, el que con razón puede ser considerado como el primero que preside por derecho propio. Se podía, desde un punto de vista esencialmente argumentativo, sostener que el otro no le pertenecía. Había llegado a su dirección por causas que no figuraban entre los programas y argumentos en que se había apoyado el Partido Demócrata Cristiano en las elecciones de 1961 para pedir una nueva demostración de confianza del censo electoral. Ese no es el caso de ahora, por supuesto. El profesor Erhard se ha visto confirmado y reforzado en su posición de canciller. Aunque en circunstancias seriamente modificadas.

La culpa no es del censo electoral; es de la situación políticamente tan delicada en que se encuentra el país y que bien se puso de manifiesto durante la campaña electoral, cuando apenas se hicieron alusiones a lo que para muchos era una cuestión importante, acaso ya fundamental: ni por el lado de la coalición gobernante ni, hecho más llamativo aun, de la oposición socialdemócrata. A no haber sido por la actitud, tan enérgica, del ex canciller Adenauer, que en algunos momentos se pudo temer que influyese de manera muy desfavorable en el resultado final de las elecciones, y en menor medida del ex ministro de Defensa, *Herr* Strauss, podría haberse sostenido que lo único por lo que no había interés era precisamente por la gran cuestión de una Europa federal unida y por una alianza integrada, como se había venido poniendo de manifiesto y se reafirmó, con fuerza irresistible, unas pocas semanas después de esas elecciones, con la presentación al Parlamento—al *Bundestag*, su cámara baja—del nuevo ministerio, muy parecido al anterior, y la visita un poco sensacional de Maurice Couve de Murville, ministro de Asuntos Exteriores de Francia, a Moscú.

A la vista de lo que estaba sucediendo, resultaba fácil, relativamente, comprender al gran diario neoyorquino cuando advertía, editorialmente, que los electores de la Alemania Occidental veían aproximarse las quintas elecciones del Estado que había salido de la segunda guerra mundial, "frustrados en ambas direcciones (la de la Europa federal unida y la de la alianza integrada), en las temas para ellos de importancia decisiva y contenido emocional".

* * *

Podía decirse que se estaba llegando, quizá se había llegado ya, al fin de los "años de incertidumbre". Pero, en ese caso, ¿qué es lo que se tenía por delante? Quizá la perspectiva de un nacionalismo que empezaba a ser motivo de inquietud para algunos. En un artículo reciente, en la revista norteamericana *Foreign Affairs*, decía Paul-Henri Spaak, ministro de Asuntos Exteriores de Bélgica, que si "el nacionalismo francés me parece un infortunio, el nacionalismo en Alemania, el único país que aún tiene problemas fronterizos, me parece que es peligroso".

Era para sentir alguna preocupación, por lo menos. En el caso, es decir, en que hubiese algún fundamento para hablar del nacionalismo alemán, de un fenómeno que había estado dotado de propiedades altamente explosivas en los años entre las dos grandes guerras, como bien se demostró con aquella campaña contra el *Diktat* de Versalles y que después de la segunda guerra mundial había tenido una existencia puramente académica, endémicamente minoritaria, a pesar de parecer tanto mayores y más justificados los motivos y razones en que pudiera haber descansado. Porque no sólo Alemania había perdido trozos enormes de lo que había sido considerado su patrimonio nacional, algunos de ellos incluso por las tierras donde había estado la cuna geográfica del prusianismo, de lo que había sido considerado como la gran fuerza histórica que dejó al pueblo alemán convertido en una nación, sino que la parte a que al fin se vió reducida fué objeto de una división que cada día se parece más a un intento deliberado y decidido de seguir avanzando por el camino de la reducción y la fragmentación, de la creación de varios Estados en la Europa central donde antes había existido uno solo. Y esto de ahora se hace o se quiere hacer en condiciones geográficas y económicas de una cierta igualdad.

¿Qué interpretación se podía dar, después de esas elecciones, de intentar poner fin a los años de incertidumbre y, en cierto modo, de interinidad tam-

bién—conviene no perder de vista el hecho de que Alemania es el único de los países vencidos en la segunda guerra mundial todavía sin tratado de paz—, buscando la integración o la reunificación en circunstancias tan favorables como el estado de las buenas, casi inmejorables, relaciones con los Estados Unidos?

Ahora que la República Federal de Alemania tiene un nuevo Gobierno, en el que el doctor Gerhard Schroeder continúa en Asuntos Exteriores, aparentemente—ostentosamente más bien—con el propósito de mantener las relaciones con los Estados Unidos en un primer plano de absoluta prioridad y preponderancia, contra lo cual con tanto encono lucharon el doctor Adenauer y Strauss y con el doctor Erich Mende en el Ministerio de Asuntos Alemanes (y en la vicepresidencia del Gobierno también, cargo puramente honorífico), resuelto a seguir adelante con la política de acercamiento a los países europeos de régimen comunista, lo que fué una de las grandes causas fundamentales de la fricción que hizo tan laborioso el proceso de resolución de la crisis política en que el país se había visto sumido, ¿no hay mayores motivos que antes para hablar en la forma en que lo ha venido haciendo Strauss, sobre el peligro que supondría el surgimiento de un nacionalismo violento, capaz de no encontrar más posibilidades de satisfacción—y salvación—que en la busca de “un nuevo *fuehrer*” que prometiese, y probablemente consiguiese, poner a la nación en posesión de la bomba atómica?

Cuando *Die Welt*, el importante diario de Hamburgo, decía que “el segundo Gobierno de Erhard parece no satisfacer ni a los que están envueltos en él ni a los que lo juzgan desde fuera”, podía estar expresando con crudeza una situación que empezaba a resultar inquietante y acaso también alarmante. No sólo por una situación de aparente debilidad, posiblemente de contradicción interna, a la que aludió el propio presidente de la nación, el doctor Heinrich Lübke, en una observación o en una amonestación que pudo haber parecido insólita y sin precedentes, al hablar de un estado de cosas que no deberían continuar. “En las últimas semanas—dijo, dirigiéndose a los nuevos ministros (antiguos casi todos, puesto que todos los ministros, con la excepción de cuatro, ninguno de los cuales ocupaba un puesto de verdadera significación política, procedían del anterior ministerio)—ha habido una gran interacción de fuerzas. Pero desde ahora todas han de ser echadas en la misma balanza, para que no quede asomo de duda sobre la decisión del Gobierno Federal de acometer su tarea, consciente de los objetivos y en un ambiente de unidad.”

Algunas de las cosas que se empezaban a decir parecían—lo eran—sorprendentes. Otras podían ya insinuar que cabía empezar pronto una era de grandes cambios, políticos sobre todo. Como la mucha y decidida insistencia de la Alemania Occidental en encontrarse, al fin y sin que pudiese pasar mucho tiempo, al alcance del armamento atómico en el que se ha querido encontrar la última—la única más bien—expresión actual del principio de la soberanía nacional. No hacía falta que el ministro de Asuntos Exteriores, el doctor Schroeder, hablase de ello en términos de una claridad absoluta. Bastaba con la contemplación del panorama para darse cuenta de que la República Federal de Alemania no podría continuar largo tiempo en lo que era una situación de notoria desigualdad política dentro de una alianza en la cual ocupaba una posición militar de tal manera conspicua que era ya, en el panorama europeo, la más importante de todas. Con una posible excepción o salvedad: los Estados Unidos. Numéricamente hablando, la posición de la Alemania Occidental es la más importante. Sólo le falta el armamento atómico bajo su autoridad y control directo para que lo sea igualmente desde otros puntos de vista.

En ese caso podía tener una significación particularmente sombría la forma en que André Fontaine recordaba en un libro de publicación reciente—*Huit mille traités de paix*, de Gaston Bouthoul (Julliard, París)—, para sostener que “apenas ha habido, desde que el mundo es mundo (tratados) que hayan llegado indemnes a su vencimiento”. Para André Fontaine tiene esto un interés muy particular en los momentos actuales, lo que le mueve a decir:

“1945: los acuerdos de Potsdam decretan la desmilitarización de Alemania. 1954: los acuerdos de París entran en vigor; conceden a la República Federal, con algunas reservas que afectan a la reunificación y a Berlín, una plena soberanía interna y externa, y la convierten en un miembro pleno de la O. T. A. N., llamado como todos los demás a proporcionar una importante aportación militar; como contrapartida, renuncia a producir en su suelo armas de destrucción masiva. 1965: *Deutsches Monatsblatt*, órgano oficial de la Unión Demócrata Cristiana de los señores Adenauer y Erhard, escribe que esta renunciación ha sido arrancada bajo la cláusula de *rebus sic stantibus*: dicho de otro modo, que su validez no va más allá del tiempo en el que las circunstancias no hayan cambiado. 1945, 1955, 1965... ¿Dónde estaremos en 1975?”

* * *

El doctor Schroeder ha ido a París, a ser informado de una manera directa del resultado del viaje de su colega francés a la Unión Soviética, una visita que en cualquier momento hubiera tenido cierta importancia, pero que la ha tenido de manera muy especial ahora, cuando se pudiera pensar que Francia siente la necesidad de salir al encuentro de amistades o más bien de puntos de vista y posiciones coincidentes y, por lo tanto, muy necesarias. Porque en eso de las amistades, la actitud del presidente De Gaulle es ya bien conocida. Puede ser verdad, y tal vez no lo sea, lo que cuenta Sergei Vinogradov, de quien se dijo que había sido el más gaullista de los embajadores comunistas acreditados en París. Pero no dejaría por ello de tener un alto valor demostrativo, como suele suceder en casos así. Se asegura que contó cómo Couve de Murville había aludido, en el curso de un informe presentado al Consejo de Ministros, reunido bajo la presidencia del general De Gaulle, a "los Estados amigos de Francia". De Gaulle le interrumpió para advertirle, secamente:

—Señor ministro de Asuntos Exteriores, un Estado digno del nombre no tiene amigos.

Se puede hablar—de eso habrá hablado, posiblemente, el señor Couve de Murville con el doctor Schroeder—de una visita en la que fué objeto de atenciones y deferencias capaces de suscitar una especial sensación de halago. Porque el trato que recibió el ministro de Asuntos Exteriores de Francia en la Unión Soviética no ha sido para menos. Se ha hablado de un recibimiento digno del jefe de Estado de una gran potencia a la cual se quiere distinguir y honrar. ¿Por qué la Unión Soviética y sus grandes figuras políticas en estos momentos, Andrei Gromyko, ministro de Asuntos Exteriores; Alexander Kosygin, primer ministro; Leonid Brezhnev, primer secretario del Comité Central del Partido Comunista y miembro del Presidium del Soviet Supremo, del que un día fué presidente, lo que le concede ante diplomáticos y gobernantes extranjeros una categoría que es, protocolariamente, superior a la del primer ministro, por llevar inherentes las atribuciones de jefe de Estado, que en la Unión Soviética corresponde a una institución, colegio—no a un individuo—, y al propio Anastas Mikoyan, quien, por su cargo de presidente de ese Presidium, está considerado como el jefe, el presidente del Estado soviético, hicieron tan claras demostraciones de afecto y distinción al señor Couve de Murville?

Coincidiendo casi con la visita de Couve de Murville a la Unión Soviética, figuras tan destacadas como el general A. A. Gretchko, encontraron una

ocasión admirable, con la ceremonia que puso fin a unas maniobras militares celebradas en territorio de la República Democrática Alemana, para hacer una declaración en la que se explicaba el significado de las maniobras de otoño de las fuerzas militares del Pacto de Varsovia, de las cuales es él su actual comandante en jefe. No podía ser otro que el demostrar la importancia que tiene darse cuenta de la gravedad de una situación en la que existe una relación clara entre “la guerra de agresión emprendida por el imperialismo norteamericano en el Vietnam del Sur y la inquietud provocada en Europa por la política de revancha, el militarismo, las reivindicaciones territoriales y fronterizas y las pretensiones atómicas de la Alemania del Oeste”.

Al lado del general Gretchko se encontraba Walter Ulbricht, jefe del Partido Comunista y presidente del Consejo de Estado de la Alemania Oriental, quien aprovechó la ocasión de conmemorarse el XX aniversario de la fundación de las Naciones Unidas para advertir que la República Democrática alemana está segura de que, por su política de paz y su adhesión a los principios de la organización de las Naciones Unidas, puede llegar a convertirse en uno de sus miembros en la plenitud de los derechos y deberes”. Habló también de estas maniobras para comentar que se “han celebrado precisamente en la región de la Turingia, a manera de advertencia a los militaristas de la Alemania Occidental, para hacerles comprender que las fronteras de los Estados socialistas, muy en particular las de la República Democrática alemana, están eficazmente protegidas por la coalición militar más potente del mundo”.

* * *

Es una alianza militar muy poderosa, sin duda, esa de que habla Walter Ulbricht, el alemán que lleva el nombre, seguramente, más odiado, hoy por hoy, en toda la Alemania Occidental y a quien, curiosa paradoja de estos tiempos, vienen los Estados Unidos a prestar una ayuda considerable al tomar el acuerdo, al fin, de hacer una gran venta de trigo, en condiciones y circunstancias muy especiales, a la República Democrática alemana, a esa Alemania en cuyo nombre habla ya este jefe comunista con la pretensión, nada menos, de que se tenga en cuenta su derecho a pertenecer a las Naciones Unidas. ¿Qué buscan los Estados Unidos al extender a la Alemania Oriental una política parecida a la que hizo posible en el pasado la concesión de una ayuda de mucha importancia a Yugoslavia y a Polonia? ¿Crear una situación de debilidad en el bloque soviético, del cual se puede muy bien decir que se ha desgajado, hace años, Yugoslavia y pudieran desgajarse también

algún país más, al sonar la hora que acaso se piense que, con alguna ayuda, habrá de llegar sin remedio?

Pero, si ese hecho se llegase a producir, ¿en beneficio de quién se produciría semejante desgarrón? ¿De la Alemania entera, a través de un proceso de reunificación que habría de resultar francamente, decisivamente favorable para la Alemania Occidental?

A poco que se piense sobre tal actitud y tales consideraciones, ¿hay en todo ello algo que sea realista? Ante todo, y contándose, como se cuenta por el lado oriental, con un inmenso poder militar desarrollado sobre la ancha base de los dos arsenales nucleares, la idea de la reunificación parece tener muy escasas posibilidades para el futuro y ninguna para el presente.

En el ánimo, en los sentimientos de mucha gente empieza a calar hondo el convencimiento de que ni la reunificación ni los "territorios perdidos" son cuestiones que se podrán resolver, a menos de que sea posible ejercer una presión irresistible, una presión como la que se podría aplicar sólo en el caso de que la *Bundeswehr* tuviese armas nucleares a su alcance y bajo su directo control. Y esto acaso no sea posible antes de que se prosiga un notable y notorio proceso de deterioro, ya francamente en evidencia, del que son parte y arte muchas cosas ahora susceptibles de una catalogación apresurada y atolondrada. Cosas como la significación que pudiera tener la decisión norteamericana de cerrar algunas sucursales de su vasto aparato de propaganda en la Alemania Occidental, el U. S. I. S. o Servicio de Información de los Estados Unidos, con lo que adquieren nueva y apremiante significación los comentarios y rumores sobre la probabilidad de que cualquier día empiece una retirada de esas tropas norteamericanas largamente estacionadas en suelo alemán; o como ese acuerdo de venta de trigo a Ulbricht; o como la frecuencia y regularidad con que surgen dificultades entre Londres y Bonn, con el pretexto o por causa de lo que cuesta el mantenimiento del B. A. O. R., como se suele llamar al Ejército británico a orillas del Rhin; o como, lo que acaso sea mucho peor todavía, esa sorprendente, para muchos escandalosa, actitud de la Iglesia Evangélica de la República Federal de Alemania, que ha tenido lo que para unos es audacia y osadía y para otros el valor, sencillamente, de dirigirse al Gobierno de Bonn y a la opinión pública de la Alemania Occidental para que la cuestión del Oder Neisse se plantee sobre "un nuevo plano".

En un documento de 44 páginas, una especie de carta pastoral, publicado en Hanover, a mediados del pasado octubre, se habla de "la situación de los

expulsados y de las relaciones del pueblo alemán con sus vecinos orientales”, y se dice que “el arreglo de las cuestiones territoriales debe ser el resultado de un verdadero diálogo y la expresión de una voluntad de reconciliación. Este diálogo debe estar centrado en lo que ha sido el hogar de los expulsados y establecer en qué medida el retorno de estos territorios separados estaría justificado”.

En un documento al que se ha dado el título de “La posición de los refugiados y las relaciones del pueblo alemán con sus vecinos orientales”, se afirma que los alemanes en particular están en la obligación de respetar en el futuro los derechos vitales de los polacos y se advierte al Gobierno de la Alemania Occidental que debería “dudar hoy antes de hacer reclamación alguna sobre el retorno de los territorios que se han convertido en una necesidad económica para Polonia”. Y después de hablar de las “posiciones jurídicas de Alemania y Polonia”, para decir que “se limitan recíprocamente”, el memorable—y apasionadamente discutido—documento sostiene que “el mantenimiento de reivindicaciones opuestas sería infructuoso y constituiría incluso una amenaza para la paz entre los dos pueblos”.

Como bien podía esperarse, aunque no la violencia con que se hizo, la posición de la Iglesia Evangélica sobre esta cuestión encontró una respuesta inmediata y dura en la federación central de refugiados alemanes, la *Bund der Vertriebenen*. En ella se habla de una declaración “farisaica”, de un “abuso de la autoridad de la iglesia”, de “un ejemplo sorprendente del *diletantismo* de que hacen demostración ciertos medios políticos alemanes”, a la vez que se condenan de nuevo las medidas calificadas como de inhumana expulsión y anexión de territorio alemán por Gobiernos comunistas y ateos. Se ataca, en fin, a la Iglesia Evangélica alemana por “no haber tenido absolutamente en cuenta el objetivo fundamental de la Constitución sobre el tema de la reunificación alemana”, y se le acusa de hacer una declaración que “refuerza la dominación atea en la Europa central y oriental”.

* * *

Ante una situación así, ¿no parece justificado hablar de una nueva época para la vida de la Alemania Occidental cuyo comienzo cronológico podría muy bien coincidir con esas elecciones de las que ha salido un Gobierno que por decisión poco menos que unánime se califica de débil, contradictorio y desalentador? Si fuese así, la causa fundamental sería el ambiente en que necesariamente ha de vivir y actuar, un ambiente formado por cosas pe-

queñas y por cosas impresionantes, por el volumen y las posibilidades que sin duda llevan dentro.

Una cosa pequeña, pero nostálgicamente llamativa, ha sido la undécima asamblea anual de un grupo de las *Waffen S. S.*, celebrada en Rendsburg, pequeña ciudad de Schleswig-Holstein, con la asistencia de algo más de un millar de hombres, en los que se notaba bien el paso de los años, para, entre otras cosas, colocar una corona en una cruz de piedra, sin inscripción alguna, en el pequeño cementerio de la ciudad. La corona, depositada por el ex teniente coronel Eugene Schlotter, sí llevaba inscripción. Decía: “A nuestros caídos camaradas de las *Waffen S. S.*”

Todos estos antiguos soldados de las *S. S.* se reunieron después en un acto de camaradería, para consumir salchichas y cerveza, contar cuentos y chistes y aplaudir mucho, a veces ostentosamente, a lo largo de algunos discursos y, sobre todo, cuando entró en la sala Sepp Dietrich, ya con setenta y nueve años, que había sido comandante de una división y uno de los grandes héroes de las *S. S.* Discursos, marchas militares, celebraciones, recuerdos en los que había, sin duda, nostalgia y sentimentalismo, y la presencia de tres diputados del *Bundestag*, dos demócratas cristianos y uno liberal, y el telegrama de Helmut Schmidt, uno de los principales—acaso llegue muy pronto a ser el principal—dirigentes del Partido Social Demócrata, que seguramente hubiera sido a estas horas ministro de Defensa del Gobierno, de haber ganado los socialistas las últimas elecciones generales.

Podía tener importancia o sólo alguna significación, sencillamente, la presencia de aquellos tres diputados que parecían rubricar las palabras de apertura y bienvenida del antiguo coronel Willy Schaefer: “Nosotros somos unos simples soldados y nosotros no queremos hoy ser otra cosa que unos buenos ciudadanos y unos buenos demócratas.”

Aquello, como la declaración de la Iglesia Evangélica, ¿podía pasar inadvertido y sin alguna protesta? No es que esta reunión tuviese la misma importancia que aquella declaración en la que se observa más bien que recomienda al pueblo alemán que “está obligado a respetar el derecho a la vida del pueblo polaco” y que le debe, es más, “permitir el espacio que exige su desarrollo”. Pero que un dirigente socialista, que es autor de obras importantes sobre la estrategia nuclear, que ha propuesto a lo largo de la última campaña electoral la creación de “cátedras de defensa nacional”, que es senador por Hamburgo y se encuentra en posiciones de primera fila en un partido con más de doscientos diputados en el *Bundestag*, sintiese la nece-

sidad o la conveniencia de enviar un telegrama de adhesión a este acto, merece por lo menos ser tenido por un hecho que bien puede llamar un poco la atención. Claro que se dice que había hecho hincapié especial, casi exclusivo, en el apoyo que quería prestar a las reivindicaciones "sociales" de una organización militar un día escogida, después perseguida (el antiguo coronel general Dietrich, en esta ocasión objeto de una delirante aclamación, había pasado nueve años en una cárcel bajo la autoridad norteamericana, condenado por el delito de "crímenes de guerra").

No podían faltar las protestas en este caso, como tampoco faltaron en el de la declaración de la Iglesia Evangélica. Alrededor de un millar de miembros de la Asociación de antiguas víctimas de los nazis de Schleswig-Holstein, casi tantos como los que participaron en la reunión anual de los *Waffen* S. S., organizaron una manifestación de antorchas para protestar y condenar aquella asamblea a la que el jefe de esta asociación, Karl Heinz Lorenzen, calificó como "una organización criminal". Para añadir: "Permitir a estas gentes que se reúnan, es vergonzoso y es también peligroso. No podemos pasar por alto el asesinato de mujeres y niños."

Era una acusación demasiado grave y emocional para no hacer caso. El teniente coronel Schlotter, hoy maestro de escuela, dijo, en actitud que casi parecía ser de advertencia: "Nosotros no hemos tenido nada que ver con los crímenes de guerra. No sabíamos nada de estos crímenes, nada en absoluto. ¿Cómo podríamos saberlo? Nosotros estábamos luchando en el frente, en el frente del Este."

Se ha dicho muchas veces que se sabe cómo empiezan las cosas, no cómo acaban. Y en la Alemania Occidental se está en el comienzo, por lo menos, de un movimiento nacionalista que muy bien mereciese ser considerado como heredero de los pequeños movimientos nacionalistas que han podido existir en los años de la postguerra, pero sin llegar por ello a producir la impresión de ser algo real, con vida propia. Es un movimiento que se agita y reacciona a impulsos de hechos y acontecimientos que pudieran parecerle intolerables, tal vez insoportables también, ya se produzcan dentro o fuera de la nación.

Son muchas las cosas que producen ahora la impresión de lo que empieza, de pronto, a tener un sentido nuevo, acaso más llamativo, por haber estado ahí tanto tiempo sin que casi nadie se hubiese dado cuenta de ello. ¿Es por haber tenido el pueblo alemán, hasta el momento, demasiadas cosas a las que prestar una primera atención de urgencia? ¿Es porque, de pronto, ha podido tener la impresión incómoda de que con toda su prosperidad, des-

arrollo y prestigio no es más que una pelota para que polacos, checos y, sobre todo, los alemanes de Ulbricht jueguen con ella para mayor provecho y seguridad de la Unión Soviética?

¿Es que el mismo esfuerzo de objetividad y comprensión que aparentemente hizo el presidente de Italia, el socialista Giuseppe Saragat, durante una visita oficial a Polonia, en la que se incluyó un viaje al campo de concentración de Auschwitz, no resulta molesto, acaso ofensivo, para una conciencia que busca, ante todo, dejar al pasado definitivamente atrás? ¿A qué recordar en esa ocasión un nombre, sólo un nombre, al pensar en los italianos que murieron en Auschwitz, el de Vittoria Nenni, la hija del viejo dirigente socialista italiano, cuyo esposo fué fusilado en París, que fué deportada al campo en el cual desapareció, “la prisionera número 31.635, que había pedido que se comunicase a su padre que ella no había perdido el valor y que estaba lista para morir por sus ideas”? ¿A qué recordar esto, en una visita oficial a Polonia, que no sólo es un país de régimen comunista, sino un país que tiene con Alemania—aunque sea la Alemania Oriental—una frontera que no se quiere considerar como definitiva?

Quiso Saragat, hoy presidente de Italia, en otro tiempo un hombre de partido y de una ideología bien definida, dar una gran altura, un elevado sentido humanista, a su discurso en Auschwitz. Tenía la esperanza, tal vez, de situarse por encima de las pasiones y las rivalidades. Pero si su deseo era agradar y halagar a sus anfitriones, ¿era necesario hacerlo a costa de una nación aliada y amiga? “Nosotros—dijo—desconoceríamos la significación de Auschwitz si identificásemos el nazismo con el pueblo alemán. Lejos de nosotros una identificación tan absurda. La responsabilidad moral, política e histórica de todo esto a que se ha llegado recae sobre los hombres que han abjurado del pacto humano, que han hecho de sí mismos los ídolos monstruosos de una voluntad de poder demoníaca y que, en el nombre de los mitos insensatos de la sangre y de la raza, han engañado, traicionado a su mismo pueblo en el momento en que llevaron la matanza y la destrucción a los pueblos ocupados.”

Hablar así, cualquiera que sea la intención o el propósito, ¿no es entregarse un poco al placer morboso de restregar sal y vinagre sobre heridas que están mal cicatrizadas o que no han cicatrizado todavía? Hacía aún muy poco tiempo, unos cuantos meses nada más, que se había llegado al final de dos juicios terribles, por lo prolongados, por el desarrollo que han tenido, contra alemanes acusados de la comisión de graves delitos relacionados con

la guerra, la ocupación de territorios extranjeros por el III Reich y los campos de concentración, y por aquellos mismos días estaba en curso una investigación sobre el *Bundesverfassungsschutz*, el Servicio de protección de la Constitución, que es el nombre que se ha dado a un servicio de contraespionaje cuya finalidad específica es la lucha contra la infiltración comunista, y que ha dado lugar a que se dijese cosas de mucha gravedad. La oposición socialdemócrata acusó al Gobierno de Bonn, y concretamente al ministro del Interior, Hermann Hoercherl, uno de los muy pocos que no continuaron después de la reorganización que siguió a las últimas elecciones, permitir que se diese ocupación en cargos de especial significación a conocidos nazis, algunos de ellos salidos del antiguo *Reichssicherheitshauptamt*, el servicio que fué posteriormente calificado como "el cuartel general de la muerte del III Reich".

Para la oposición era evidente que sólo demócratas deberían ser empleados para la protección de la democracia, y no hombres cuyos primeros conocimientos profesionales habían sido adquiridos en la caza de demócratas realizada por los nazis. Era una situación que podía tenerse por intolerable, o tal vez por algo que resultaba un poco cómico, acaso hasta grotesco, de pensar sólo en los detalles que podían surgir aquí y allá. Como cuando el juez de un tribunal de Karlsruhe preguntó a *Herr* Schruebbers, el presidente de ese importante servicio del Gobierno de Bonn, si una "concentración" semejante de altas personalidades nazis en puestos de una gran responsabilidad era absolutamente necesaria, para recibir la respuesta de que se había considerado como importante su respectiva capacidad técnica y por espacio de muchos años, añadió, habían trabajado con la mayor lealtad. Pero, acabó explicando, de los siete anteriores miembros de la Gestapo empleados en el servicio de su dirección, ya no quedaban más que dos.

* * *

Todo esto y mucho más apenas hubiera tenido importancia de no producirse en momentos que parecen ser de singular dificultad, cuando a la salida de unas elecciones en las que la democracia cristiana alcanzó, bajo la dirección del profesor Ludwig Erhard, un señalado triunfo y después fué necesario dedicar días y semanas a lo que debería ser cuestión de puro trámite: la formación de un Gobierno que de no ser el mismo de antes, el primer Gobierno de Erhard, debería ser el Gobierno que él, con la confianza de su partido, designase. Pero antes de hablar un poco, para concluir, de este nuevo

Gobierno, es conveniente ir un poco más allá todavía en la presentación, extremadamente resumida y esquemática, del estado en que se encuentra la vida política de la República Federal de Alemania en los momentos en que comienza una nueva época con la formación de ese Gobierno y el viaje del ministro de Asuntos Exteriores de Francia, Maurice Couve de Murville, a la Unión Soviética, un acontecimiento que, al menos superficialmente, no tendría por qué llamar mucho la atención. Y no dar lugar, en ningún caso, a que se llegase a comentar: “Esto es como la visita de la escuadra francesa a Cronstadt...”

Desde la Revolución Bolchevique, que cumplió hace poco cuarenta y ocho años, cuatro ministros de Asuntos Exteriores franceses, incluido el de ahora, han visitado la U. R. S. S. Evidentemente, con los zares o con los bolcheviques en el Poder, Rusia tiene interés por Francia. Por Francia, no por un partido o tendencia determinada, porque estos cuatro ministros pueden ser considerados como la representación más completa posible de los colores del espectro político francés casi en su totalidad. Uno de ellos, el primero, fué Pierre Laval; después, terminada ya la segunda guerra mundial, hicieron el viaje, a veces en compañía de los respectivos jefes de Gobierno o Estado —uno de ellos el propio De Gaulle; otro, Guy Mollet—, Georges Bidault, Christian Pineau y, finalmente, Couve de Murville, quien habló, en el momento de salir para Moscú, de un viaje “enmarcado en el cuadro de la política general del Gobierno, que desea normalizar progresivamente las relaciones de Francia con los países de la Europa oriental”.

Y ¿por qué no? La propia República Federal de Alemania hace lo que puede, dentro de las enormes dificultades que presenta la llamada Doctrina de Hallstein, y mantiene buenas y crecientes relaciones comerciales con algunos países de la Europa oriental. Y por los Estados Unidos se ha recomendado, más de una vez, la “construcción de puentes” entre el Occidente y los países de la Europa comunista. Pero este viaje del señor Couve de Murville es algo especial, hecho en circunstancias especiales: en las circunstancias en que se encuentran la Comunidad Económica Europea, la Organización del Tratado del Atlántico Norte y el Tratado francogermano de comienzos del año de 1963.

Con el riesgo que supone una simplificación extremada, pues todo lo que de una manera u otra afecta a la política europea acaba yendo a parar al mismo sitio, Alemania, cabe preguntarse: ¿qué lugar ocupa ese viaje en esta política y, sobre todo, ¿qué participación tiene o puede tener en ella Ale-

mania, la República Federal de Alemania, donde problemas como el de la reunificación y de la integración han adquirido ya las dimensiones de una obsesión, por el convencimiento de que sólo tiene un camino, abierto o no, para alcanzar la posición que estima corresponderle? Y ese camino no es otro que el que conduce al control directo o una participación, por lo menos y para empezar, del armamento nuclear, que es condición esencial de toda participación en una estrategia común. Y lo que tiene una importancia avasalladora, la República Federal de Alemania necesita tal por razones que son fundamentalmente políticas.

Por supuesto y por ahora, sólo se ven dos posibilidades. Una, por el lado de los Estados Unidos y para lo cual sería de gran ayuda la formación, al fin, de la proyectada fuerza multilateral—M. L. F.—, dotada de armamento atómico (o de la fuerza nuclear atlántica—A. N. F.—propuesta por Harold Wilson, el actual primer ministro inglés, como posible solución de compromiso en vista de la oposición absoluta de Francia a la M. L. F.); otra, por el lado de Francia, que es acaso lo que buscaron Adenauer y De Gaulle con el tratado que fué uno de los cabos con que se pretendió tener bien sujeto al profesor Erhard, no fuese a echar a perder una sorprendente obra de aproximación y colaboración francogermana.

Los dos métodos cuentan con muchos y fuertes partidarios. El segundo es el de Adenauer y Strauss, quien, en el libro a que se hizo alusión más arriba, habla de sí mismo como “un europeo alemán, de mentalidad atlántica y con horizontes tan anchos como el mundo, a quien le gustaría ver a Europa tomando parte en un paseo rusoamericano por el espacio”, y quien aboga por una fuerza nuclear europea autónoma capaz de ser enviada a la acción, en caso necesario, sin el consentimiento de los Estados Unidos.

La posición de Strauss ha cambiado mucho, o parece haber cambiado, desde los días en que, como ministro de Defensa de la Alemania Occidental, gozaba de la confianza y la admiración de las autoridades norteamericanas, hasta el punto de ver en él al sucesor de Adenauer, sino inmediatamente, para dentro de pocos años.

Frente a esta posición, la de los llamados *gaullistas*, está la decisión, por ahora resuelta, de los *atlanticistas*, encabezados por el profesor Erhard y, sobre todo, el doctor Gerhard Schroeder, ministro de Asuntos Exteriores. Reclaman un “sistema de armas nucleares integrado”, en el cual tenga la Alemania Occidental una participación y una intervención activa, pero no basado sobre algo que está en proceso de formación, en el mejor de los casos, sino

de algo que ha alcanzado ya un desarrollo completo y en cierto modo escalofriante también, tal es la dimensión y la variedad de la potencia nuclear de los Estados Unidos.

Se comprende sin dificultad el deseo, y hasta la insistencia, de la Alemania Occidental por poner el dedo en el sistema de mando del armamento atómico con que se pensó dotar a una fuerza multilateral de la O. T. A. N. Y se comprende también que, en el caso de tener que optar—a causa de las prohibiciones y las promesas que todavía pesan sobre un país que no acaba de tener la sensación de que goza de unas condiciones de soberanía total, absoluta—se prefiera la colaboración con el poder nuclear de los Estados Unidos, ya perfectamente desarrollado. Lo que para muchos sigue siendo un misterio, es por qué la Alemania Occidental ha de mostrar tanto empeño en tener, por lo menos, participación directa en el control del armamento atómico, cuando la razón fundamental es la misma, en el fondo, que movió a Francia, unos años antes de la llegada del general De Gaulle al Poder por segunda vez, a tener su propio arsenal de armas atómicas y los medios indispensables de transporte, porque sólo de esa manera se encontraría en posición de ejercer alguna influencia en la marcha de los acontecimientos y las relaciones internacionales.

Como dice *The Times* de Londres, “la actual presión en favor de las armas nucleares arranca de consideraciones políticas y emocionales”. De lo uno y de lo otro hay gran abundancia por la Alemania Occidental.

Todo esto, en fin, se comprende con relativa facilidad. El momento de las dificultades sólo empieza cuando, por no haber analizado con algún detenimiento la situación que movió a Francia a preparar sus propias armas atómicas y su *Force de frappe*, se entra en esta nueva etapa en la vida política de la Alemania Occidental con la sospecha—para muchos es ya una convicción firme—de que los Estados Unidos pudieran sacrificar a la Alemania Occidental, en caso necesario, de la misma manera que sacrificaron a Francia y la Gran Bretaña en la crisis de Suez. En forma oficiosa, si no oficial, el Gobierno de los Estados Unidos ha aceptado la posibilidad, en cualquier caso, del abandono de la M. L. F., primero; de la A. N. F., después, y en los medios del Pentágono se ha llegado a reconocer y admitir que la propuesta flota de proyectiles nucleares de la O. T. A. N. “está moribunda”.

La vida, aparentemente muy poca ya, que pudiera quedarle, se mantiene y se sostiene por razones esencialmente políticas. Es el Departamento de Estado, no el Pentágono, el interesado en seguir adelante con la M. L. F. o algo

parecido, especialmente ahora que la Gran Bretaña produce la impresión de haber perdido del todo el interés que un día mostró por la A. N. F. Cuando todavía se tenía la impresión de que los Estados Unidos confiaban en salir de una situación delicada, ante la aparente necesidad de abandonar la M. L. F. si de verdad se quería llegar a la creación de condiciones favorables para la negociación en serio con la Unión Soviética sobre la proliferación de las armas nucleares, eso que según un comentario muy autorizado pudiera hacer necesarias las “erosiones” en las alianzas, con la ayuda de la Gran Bretaña, el ministro de Asuntos Exteriores laborista creó una especie de sensación al contar en Nueva York que el Gobierno inglés pensaba en modificar su propio proyecto de creación de una fuerza nuclear atlántica, o A. N. F. O quizá en lo que se pensase fuese más bien en su abandono total.

“Pienso—dijo—en una cualquiera (de estas dos cosas). Es, me parece, una cuestión sin decidir en este momento si la flota multilateral o la fuerza nuclear atlántica poseen en realidad condiciones de equilibrio cuando se pondera lo mucho que pueden añadir a la O. T. A. N. o lo mucho que pueden hacer peligrar las posibilidades de un acuerdo con el Este.”

Se sospechaba, se sabía más bien, que en el caso de opción, una vez que estuviesen planteadas las negociaciones en serio, los Estados Unidos acabarían haciendo concesiones para llegar a un acuerdo con la Unión Soviética —y con otras potencias—para la limitación y contención de la proliferación nuclear. Lo que no se sabía todavía, ni se había sospechado siquiera, es que la Gran Bretaña, acaso por razones más bien económicas que políticas, se sintiese inclinada a plantear en un momento tan poco oportuno la cuestión del abandono de su propio proyecto de A. N. F.

En cualquier caso y aun cuando es posible que Mr. Stewart “hubiese dado marcha atrás mansamente”, como dice *Newsweek*, a instancia del secretario de Estado norteamericano, Dean Rusk, el hecho cierto, aplastante casi, es que también por este lado se había producido un cambio de actitud realmente extraordinario. Porque tan pronto como se tuvo la sensación de que Mr. Stewart se había replegado, con el abandono aparente de su anterior posición, “para multiplicar la confusión, el Pentágono, por ninguna razón notoriamente evidente, confesó que la M. L. F. estaba tan muerta como un dodó”. Para que la atmósfera de confusión se hiciese un poco más densa, el Departamento de Estado ofreció una segunda “clarificación” de la actitud adoptada por el Pentágono, en la que se advertía, con cierta dureza, según palabras de *Newsweek*, que los Estados Unidos habían abandonado, en reali-

dad, la M. L. F. y que era “importante que la posición de los Estados Unidos sobre este asunto fuese comprendida”.

* * *

La Alemania Occidental podría acabar encontrándose con que, después de avanzar resueltamente y de quemar los puentes que hiciesen posible una retirada estratégica, ni era posible contar con la protección y ayuda de los Estados Unidos para tener una participación directa en el control de las armas nucleares, ni restablecer las anteriores relaciones con Francia, por donde se había insinuado la existencia de una posibilidad que facilitase, por lo menos, la entrada en contacto con tan codiciada expresión del poder político en la era nuclear. En ese caso, la posición del nuevo Gobierno sería más que débil, comprometida, quizá hasta angustiosa.

No es pura casualidad o coincidencia el que el aspecto fundamental del desarrollo de la crisis política reciente, que precedió a la formación del actual Gobierno de la República Federal de Alemania, fuese la política exterior y, por lo tanto, el nombramiento otra vez del doctor Schroeder, a quien en el curso de una sesión tormentosa de la directiva de la democracia cristiana se había dirigido el anciano doctor Adenauer para decirle: “Usted ha demostrado ser totalmente incompetente. La posición de Alemania en el mundo ha caído a los niveles más bajos, y de eso usted tiene la culpa.”

El doctor Schroeder es, sin embargo, uno de los 21 ministros del nuevo Gobierno alemán—uno más que en el anterior—y se encuentra otra vez al lado de casi todos los que formaban el anterior. No hay más que cuatro ministros nuevos, y todos éstos ocupan posiciones de relativa importancia nada más. El más importante de todos los ministerios en los que se ha producido algún cambio, es el de Justicia, ahora a cargo del doctor Richard Jaeger, de cincuenta y dos años, uno de los vicepresidentes del *Bundestag* y durante doce años presidente de la muy importante Comisión de Defensa. Es figura muy destacada de la Unión Social Cristiana, el ala bávara de la democracia cristiana, regentada por Strauss.

Cualquier cosa que se pudiese decir del nuevo ministerio, por el lado de la vacilación, la debilidad o la inconsistencia, necesitaría tal vez del reparo y la excepción. Aunque sólo fuese en el caso del doctor Jaeger. A menos de que haga traición a su historia y a su reputación de hombre de carácter, una personalidad tan fuerte que se ha ganado grandes y poderosos enemigos, al igual que Strauss. En un periódico de la importancia del *Stuttgarter Zei-*

tung, se ha llegado a calificar de “catastrófica” la decisión de incluirlo en el nuevo Gobierno y en un ministerio de mucha importancia, además, por lo menos desde el punto de vista de la política nacional.

Con todo, sus relaciones con los representantes de la oposición socialista en la Comisión de Defensa del *Bundestag* han sido en general francamente satisfactorias. Y en conversación sostenida con el corresponsal de *The Times* de Londres ha dicho que por tradición y por convicción—pertenece a la cuarta generación parlamentaria de su familia—es un demócrata. “Para nosotros—afirmó—la democracia es algo axiomático.”

Una de las pocas cosas que se le han criticado, por el lado de la oposición socialdemócrata, es su actitud de apoyo decidido al general Franco, en España; al doctor Oliveira Salazar, en Portugal. A esto, cuenta el corresponsal de *The Times*, contesta que “Alemania no tiene tantos amigos como para permitirse el lujo de dejar a alguno en el abandono, y que la nación que se opone al comunismo y apoya la autodeterminación de Alemania, merece su amistad”.

Se puede decir que, en general, el nuevo Gobierno alemán ha sido mal recibido, dentro y fuera de la nación. Esta actitud crítica se apoya, fundamentalmente, en dos razones: la presencia en él del doctor Schroeder y el convencimiento de que el profesor Erhard ha hecho muchas, demasiadas concesiones, por lo que la obra de conjunto ha de ser necesariamente débil y, además, poco cohesionada. El *Bild Zeitung*, un periódico de gran tirada, acusa al doctor Schroeder de haber hecho una política que lleva al “cerco” de Alemania por Francia y la Unión Soviética, y el *Bayern Kurier*, que es nada menos que el órgano de la Unión Social Cristiana, con cinco miembros en el Gobierno, habla de “una pequeña coalición que ha dejado un gusto amargo”.

Y si alguno sospechaba que habrían de producirse en seguida indicios de malestar y descontento, el acontecimiento no se hizo esperar. La *Correspondencia política y social*, una publicación que está muy cerca de la dirección de la democracia cristiana, y también de la rama bávara de este gran partido alemán, en el caso de no hablar siempre en su nombre, no tardó en advertir que “lo que se requiere en la política exterior de Alemania no es un cierto grado de imaginación, sino la solidaridad de sus cimientos. La República Federal tiene que haber perdido la cabeza en el caso de encontrarse dispuesta a arriesgar su sistema seguro y sano de alianzas y amistades por una política exterior “imaginativa”. Al canciller Erhard no le queda ya más tiempo

para una aproximación “a pequeños pasos” (hacia el mundo comunista, que es lo que pide el vicepresidente y ministro de Asuntos Alemanes, Erich Mende, jefe de los demócratas libres—liberales—(que forma parte de la coalición gobernante), y los inventores de esta expresión deslumbrante lo saben muy bien”.

El *Times* de Londres ha resumido la cuestión al advertir que “en la formación del nuevo Gobierno de la Alemania Occidental, el doctor Erhard ha ganado sus batallas, pero parece que de alguna manera ha perdido la campaña”.

* * *

Lo que ha de salir de una situación como esta en que ahora se encuentra la República Federal de Alemania, una situación acaso ya políticamente crítica, no es previsible, ciertamente. Mucho es lo que depende, a la larga, de lo que haga el general De Gaulle, en el caso de que su política no acabe tropezando con tremendas dificultades. Pero habrá de contarse también, y acaso esto sea lo más importante de todo, con el presente y lo que está más cerca de él. Y para esto, el factor decisivo habrá de buscarse en el poder y en la decisión de los Estados Unidos de mantener lo más intacta posible su mucha, enorme influencia en Europa. Como en un tema tan apasionante—y de tan enorme interés—no es posible seguir adelante indefinidamente, hasta encontrar la manera de presentarlo en forma enteramente satisfactoria, por haber tenido en cuenta todos los factores de importancia que actúan sobre él, acaso se podría llegar al punto final, por ahora, después de recoger una observación reciente de un comentarista norteamericano muy conocido, C. L. Zulberger, de *The New York Times*. Al advertir que para De Gaulle el actual sistema de integración dentro de la Alianza Atlántica “significa una especie de subordinación a los Estados Unidos”, añade: “Sin embargo, por su parte, los Estados Unidos, en una u otra forma, quieren el control definitivo de todas las armas nucleares occidentales. Más aun, confían en encerrar a los aliados en un sistema de creciente colaboración federal. Con todo, siempre habrán de reservar para sí la libertad de acción en otras regiones, por ejemplo, en el Vietnam.”

Es decir, que persiste la misma actitud que forzó a Francia a emprender el camino de la formación de su propia fuerza nuclear y pudiera, quién sabe, forzar también algún día a la República Federal de Alemania. Entonces sí que empezarían a suceder cosas importantes en Europa.

JAJME MENENDEZ.

